

*Bandos que se suscitaron en la isla de Creta entre cnosios y litios. – Suerte infeliz de la ciudad de Lito. Triste estado de toda la isla. – Guerra de Mitridates contra los sinopenses. – Socorro prestado por los rodios.*

Para entonces (año -220), los cnosios pidieron a los rodios les enviasen los navíos que había mandado Polemocles, y los tres desarmados que habían botado al agua. Hecho esto, tan pronto los navíos arribaron a Creta, los eleuterneos, sospechando que Polemocles había quitado la vida a su ciudadano Timarco por complacer a los cnosios, pidieron primero satisfacción a los rodios, y después les declararon la guerra. Poco tiempo antes los litios habían llegado a una suerte deplorable, y en una palabra, toda la isla de Creta se hallaba por entonces en igual estado. Los cnosios, unidos a los gortinios, habían sojuzgado toda la isla, a excepción de la ciudad de Lito, la única que había rehusado obedecerles. A la vista de esto decidieron atacarla, resueltos a no dejar en ella piedra sobre piedra, para aterrar con este ejemplo a los demás cretenses. Al principio toda la isla tomó las armas contra los litios; pero originada cierta emulación por un motivo insignificante, cosa muy corriente entre los cretenses, se dividieron en bandos. Los polirrenios, céretes, lampeos, orios y arcadios abandonaron de común acuerdo la amistad de los cnosios y se coligaron con los litios. Entre los gortinios, los más ancianos abrazaron el partido de los cnosios, y los más jóvenes el de los litios. A la vista de una conmoción tan extraordinaria entre sus aliados, los cnosios trajeron en su ayuda mil etolios; con cuyo refuerzo los ancianos de Gortina se apoderaron al momento de la ciudadela, metieron dentro a los cnosios y etolios, y arrojada una parte de la juventud y otra muerta, les entregaron la ciudad.

Hacia este mismo tiempo, habiendo salido a cierta expedición los litios con todo el pueblo, los cnosios que lo supieron se apoderaron de Lito, que hallaron indefensa, enviaron los hijos y mujeres a Cnoso, prendieron fuego a la ciudad, la arruinaron, la profanaron de todos modos y se volvieron a sus casas. Regresados de su expedición los litios, y advirtiendo lo ocurrido, se consternaron tanto sus espíritus, que no tuvieron valor para entrar en la ciudad. Acamparon en torno a sus muros y, luego de haber lamentado y llorado su infeliz suerte y la de la patria, se volvieron a la ciudad de los lampeos. Éstos los recibieron con toda humanidad y agasajo y, pasando en un solo día de prófugos a ciudadanos y huéspedes, hicieron con sus aliados la guerra a los cnosios. Así desapareció de la forma más extraordinaria Lito, colonia y consanguínea de los lacedemonios, la más antigua ciudad de Creta, y la que sin discusión había dado siempre los mayores hombres de la isla.

Los polirrenios, lampeos y todos sus aliados, viendo que los cnosios se hallaban sostenidos por la alianza de los etolios, y que éstos eran enemigos del rey Filipo y los aqueos, despacharon una embajada a este príncipe y a los aqueos para implorar su socorro y amparo. Los aqueos y Filipo admitieron estos pueblos a la común alianza, y les enviaron un socorro de cuatrocientos ilirios al mando de Plátor, doscientos aqueos y cien focenses. Este refuerzo hizo tomar un gran ascen-

diente de los polirrenios y sus aliados. En muy poco tiempo los eleuterneos, cidoniatas y aptereos encerrados dentro de sus muros se vieron forzados a abandonar la liga de los cnosios y abrazar los intereses aquéllos. Tras de lo cual, los polirrenios y sus aliados enviaron a Filipo y a los aqueos quinientos cretenses. Poco tiempo antes los cnosios habían remitido también mil hombres a los etolios; de suerte que unos y otros mantenían la guerra actual a costa de los cretenses. Los prófugos de Gortina tomaron el puerto de Festo, como también se apoderaron con intrepidez del de su propia ciudad, desde cuyos puestos hacían la guerra a los de dentro. Éste era el estado de la isla de Creta.

Hacia esta misma época (año -220), Mitridates declaró la guerra a los sinopenses, guerra que fue como el fundamento y ocasión que condujo este pueblo a la última infelicidad. Enviaron una embajada a Rodas para que les prestase su amparo. Los rodios comisionaron tres ciudadanos, a quienes dieron ciento cuarenta mil dracmas para proveer con esta suma a los sinopenses de todo lo necesario. Los diputados compraron diez mil cántaras de vino, trescientas libras de pelo manufacturado, ciento de nervios adobados, mil armaduras, tres mil monedas de oro acuñado, cuatro catapultas y los hombres correspondientes para su manejo. Recibido este socorro, los embajadores se tornaron a Sínope, donde con el recelo de que Mitridates no les sitiase por mar y tierra se dispusieron para prevenir este intento.

Está situada Sínope al lado derecho del Ponto, yendo a Fasis. Se halla erigida sobre una península que se introduce en el mar y corta enteramente el paso a la lengua de tierra que la une con el Asia, a distancia poco más de dos estadios. El resto de la península, por el lado que mira al mar, es un terreno llano y de fácil acceso a la ciudad; pero los extremos que éste baña en redondo son escarpados, donde con dificultad se puede abordar, y tienen muy pocos fondeaderos. Por lo cual los sinopenses, temerosos de que Mitridates no situase sus baterías por el lado del Asia y emprendiese sitiarlos por la parte opuesta, haciendo un desembarco en los puestos llanos y dominantes de la ciudad, fortificaron con empalizadas y fosas todas las vías de la península en redondo, y apostaron armas y soldados en los lugares ventajosos. Como era corta la extensión de la península, fue fácil ponerla en defensa. Tal era el estado de Sínope.